

EL  
COLGADO

Giovanni Muñoz



AUREA  
EDICIONES

© El Colgado  
Sello: Voz  
Primera edición: Mayo 2020

© Giovanni Muñoz

Edición General: Martín Muñoz Kaiser  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser  
Ilustración de portada: Chriss Fattori  
Corrección de textos: Felipe Uribe Armijo



© Áurea Ediciones  
[www.facebook.com/aureaedicioneschile](http://www.facebook.com/aureaedicioneschile)  
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile  
ISBN: 978-956-6021-29-2  
Registro de Propiedad Intelectual N°: A-3594

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

*Somos capaces de saber lo que es la felicidad porque hay momentos en que no lo somos.*

**Carl Jung**

# Capítulo 1

## Tabú

Una fuerte caída, eso es lo único que recordaba.

¿De dónde vengo y cómo llegue aquí?: son preguntas que me estuve haciendo por horas. Me encontraba en un pasillo oscuro, frío y, en apariencia, abandonado. Tétrico, si quiero ser exacto. Tratando de dejar el miedo de lado, me animé a echar un vistazo a mi entorno. Logré distinguir un sinfín de puertas; algunas parecían más o menos maltratadas, otras emanaban un hedor a putrefacción que me revolvía el estómago, manchas o una gran cantidad de polvo pegado en las grasosas superficies. Incluso las había que contaban con un aspecto prometedor, y por prometedor me refiero a que exhibían rasguños, grietas y hasta elementos decorativos.

—¿Dónde estoy y cómo vine a parar a un lugar como este? —dije en voz alta, mientras me abrazaba el pecho a causa del asfixiante frío.

Comencé a caminar. Lo hice desorientado y con los pelos de punta; no había alcanzado a dar un par de pasos cuando a mi izquierda oí crujir las paredes. Di un salto de espanto. El sonido se tornó un lamento, como un barco a punto de zozobrar en medio de una tormenta que amenazara con partir el casco en dos.

Cuando el crujido amainó, me detuve, acerqué la cabeza a la muralla y planté mi oreja en el muro derecho. Se escuchaba como si un sinfín de personas estuviera atrapado dentro de las paredes: ruidos similares a arañazos venían desde detrás de las numerosas puertas a mi alrededor.

Casi petrificado por el terror, centré mi mirada en el fondo del oscuro pasillo...

—¿Qué clase de pesadilla es esta? —dije al aire, esperando que algo o alguien viniese en mi ayuda o me despertase del sueño espantoso que estaba teniendo.

Divisé una pequeña sombra. Acababa de salir de una de las puertas del final del pasillo. No hizo falta pensarlo dos veces; ni si-

quiera me atreví a pensar en un «quizás» o un «tal vez»: corrí lo más rápido que pude hacia la pequeña silueta.

De súbito se dejó oír un fuerte golpe que hizo retumbar el endeble túnel en el cual me encontraba.

—¿Hay alguien ahí? —grité, esta vez hacia mis espaldas.

Tras escuchar el eco que ocasionó mi grito, di media vuelta y seguí corriendo en dirección a la pequeña silueta. Cuando estuve a un par de metros de la pequeña sombra, noté que esta ya no se encontraba ahí. Se había esfumado. Frené en seco. Mis manos tiritaban. Escalofríos recorrieron mi espalda, remeciéndome como una brizna de pasto ante el viento otoñal, que no es el más helado, pero promete vendavales inmisericordes de hielo y nieve.

—¿Estás perdido?... Por favor no te escondas, prometo que saldremos juntos de esta. Yo también estoy perdido; podemos encontrar la respuesta juntos. Por favor, no te escondas —supliqué en dirección a la oscuridad, pero otra vez la única respuesta fue el eco de mi voz.

Sin que yo me percatase, en ese mismísimo instante la tercera puerta, que se encon-

traba a mi lado derecho, comenzó a rechinar, siendo abierta desde dentro por un chico que aparentaba once o doce años.

No voy a mentir: verlo salir de la puerta me asustó. Tenía yo los ojos bien abiertos, y un sudor frío que obviamente no hacía juego con la baja temperatura del pasillo corría por mi frente. Mis pies no paraban de temblar.

No podía darme el lujo de espantar al muchacho; caminé hacia él, me puse de rodillas para estar a su altura y comencé a hablar, tratando de fingir no estar asustado.

—Me diste un tremendo susto hace un momento, muchacho... —dije mostrando una sonrisa, mientras acariciaba el cabello del chico.

—¿Qué haces aquí? —me interrumpió, impávido, el muchacho. Acto seguido sacudió la cabeza, mostrando el descontento que mi presencia le provocaba. Eso fue el preámbulo para luego desplazar mi mano con rechazo. Entonces se cruzó de brazos y continuó—: ¿Y bien? ¿Qué es lo que estás haciendo aquí? Responde.

—No sé cómo llegué aquí... ¿Sabes qué lugar es este? —contesté con miedo. Sabía que era solo un niño, pero había algo en él que no me daba buena espina.

—Puede que esto responda a tu pregunta —replicó el muchacho, sin mostrar expresión alguna. Extendió la mano y tomó con firmeza una parte de mi camiseta.

Entramos por la puerta por la que él mismo había salido. Una vez dentro el niño desapareció de mi lado o, mejor dicho, el escenario cambió.

Me vi acostado en una cama.

Era extraño: sentía el palpitar de mi corazón acelerarse cada vez más. El cansancio era abrumador; sentía como si hubiera corrido una larga maratón y mis pies no quisieran volver a trabajar. También podía oír voces viniendo de múltiples direcciones, las cuales susurraban cosas terribles: eran gritos de dolor y angustia, hasta incluso pedidos de auxilio, como si alguien hubiese extirpado la angustia de una persona y la hubiese puesto en una juguera.

“Ella morirá”.

“¡Una mujer como ella se lo merece!”.

“Llamaron otra vez del Colegio; dicen que si no asistes perderás el año”.

“Deberías seguir con tu vida; una persona como ella no merece que la cuiden”.

“Mírate, no has dormido en semanas por el solo hecho de temer a que ella se quite la vida; deberías pensar más en ti”.



“Eres un egoísta, solo piensas en ti”.

“No te vayas de mi lado”.

Las voces eran como un batido de vidrios molidos preparados en la coctelera de mi cabeza. Era confuso. Me animé a reunir fuerzas, pero se sentía como si algo me jalara en dirección a la cama.

Un par de minutos más tarde fui por fin capaz de salir de aquella habitación. Noté de inmediato que el cuarto contiguo se encontraba abierto. ¿Me creerías si te dijera que de dicha habitación manaba un hedor putrefacto? Era como si un gran número de cuerpos se estuviera descomponiendo dentro. Pese a la pestilencia y las ganas de vomitar, mi curiosidad se despertó; decidí entrar.

Además, no sabía dónde estaba. No soy un morbosos, pero de una o de otra forma debía encontrar respuestas; tenía que hallar una salida para esta pesadilla.

Mi primer pensamiento consistió en buscar a alguien, pero mi atención fue robada con brusquedad al ver a una mujer postrada en la cama de la hedionda habitación. Le dediqué una mirada; el mueble a su derecha tenía un vaso de agua, una caja llena de narcóticos y un cenicero que estaba hasta el tope de colillas. Luego de otear la habitación, decidí acercarme más: necesitaba confirmar si se encontraba con vida. Lo siguiente ocurrió

en una fracción de segundo: en cuanto puse un dedo sobre la cama de la mujer, una abismal fuerza me repelió hacia la muralla que se encontraba a mis espaldas.

Miré con miedo y confusión hacia la cama y lo que vi me puso los pelos de punta: el mismo muchacho que encontrara hace un rato, en el pasillo, estaba saliendo de entre las frazadas de la cama, lo cual quería decir que estaba acostado junto a dicha mujer enferma. Mi estómago volvió a revolverse.

—¿Ella... es tu madre? —pregunté con un nudo en la garganta.

Al no recibir respuesta y tampoco poder despegarme de la muralla, me hice a la idea de que tendría que esperar la reacción del chico. En primer lugar, él me había traído hasta aquí, y yo había deducido que debía de ser por una razón. Las noches pasaron y fui testigo de que el joven no dormía y no dejaba sola a la mujer en ningún momento. Le traía el desayuno, le administraba los primeros medicamentos, luego de unas horas le traía el almuerzo y en un par de horas más le administraba otra ración de medicamentos, para poder darle una pequeña merienda en la tarde. También entraban personas de todos tipos a la habitación, amigos o quizá familiares, todos los cuales hacían un comentario despectivo hacia ella.

El chico era una especie de guardián; nada podía hacerse sin que él lo supiera. Administraba tanto las comidas como los medicamentos de la mujer, y, además, controlaba las visitas y las despachaba si estas le faltaban el respeto a la paciente. Noche tras noche, el chico se mantenía ahí, viendo cómo la mujer a su lado se deterioraba más y más: su pelo estaba grasoso y brillante, y sus ojeras violáceas enmarcaban unos ojos hundidos en medio de la cetrina piel que destacaba los pómulos y se hundía en las mejillas.

A medida que las horas y los días pasaban, comprendí que la noción del tiempo ya no estaba afectándome. Miré a mi alrededor y algo aún más siniestro se develó ante mí: por las noches, desde las murallas, emanaban siluetas de personas. Yo las llamaba *sombras*, ya que el solo hecho de decirles *fantasmas* me aterraba. Cada segundo transcurrido equivalía a ver cómo una figura humana se retorció de dolor entre medio de las murallas. Era agobiante, sin mencionar las ambiciosas miradas que le dedicaban a la moribunda. Además, estaba el muchacho. Su atención estaba siendo robada por las múltiples sombras que me rodeaban.

La desesperación ganaba terreno. Se me hacía difícil soportar día a día los gritos de las múltiples sombras, aparte de las nume-

rosas visitas a la habitación de los familiares. Cada visita equivalía como mínimo a doce comentarios denigrantes hacia la mujer. Estaba siendo espectador obligado del trágico desenlace que estaba a punto de vivir el pequeño. ¿De dónde sacará tanta fuerza?, me preguntaba.

Una noche fue distinta.

Una alta mujer de cabello oscuro rizado entró por la puerta de la habitación a las doce de la noche en punto.

—Veo que llevas meses en esta habitación —le dijo la mujer alta al chico, mientras mostraba un rostro amable, pero sin dejar ese aire de superioridad que emanaba no solo de su talante, sino de cada gesto y mirada.

Tras escuchar la voz de la misteriosa mujer, el chico pegó un salto en la cama. Salió de entre las frazadas y se puso de pie al lado del catre.

—Tú... eres diferente a los demás. ¿Qué quieres? —preguntó cortante, con desafío en la mirada.

—¿Acaso temes dejarla sola unos minutos? ¿Eso quiere decir que ella ha intentado acabar con su vida? Puedo notarlo a simple vista; con suerte vas al baño o cenas —hizo énfasis la mujer, apuntando hacia el velador de los medicamentos—. ¿Qué hay de ti, de tus necesidades? ¿No te gustaría tener una vida normal?

—Me desharé de ti como lo he estado haciendo con los otros; esta será mi única advertencia —contestó el chico.

La mujer misteriosa soltó unas carcajadas irónicas.

—No puedes hacerlo solo y lo sabes. Puedo ayudar a que todos estos problemas se resuelvan —dijo mientras se acercaba aún más al joven—. Te daré la vida que siempre has querido tener e incluso solucionaré tus problemas, solo ven y toma mi mano —finalizó, extendiendo la mano derecha en dirección al chico.

En un abrir y cerrar de ojos volví a estar en el oscuro pasillo en el cual había comenzado mi pesadilla, pero, a diferencia de la vez pasada, tenía más dudas. ¿Quién era ese muchacho? ¿Quién o qué era esa mujer? Y, por último, ¿qué tenía que ver yo con todo esto?

## Capítulo 2

# Fantasma del pasado

**P**asé de un lugar asfixiante a un oscuro y frío pasillo. El cambio de escenario fue drástico, brutal. Fue como haber escapado de un matadero justo antes de que me tocase el turno de convertirme en embutido. Dejando de lado mis pensamientos, así como mi extraña costumbre de sobreanalizar los sucesos, me aventuré a abrir la primera puerta que se encontraba a mi derecha. Una vez dentro, me vi en la misma habitación en que había presenciado la conversación entre el muchacho y la mujer misteriosa.

—Este es el sueño más extraño que he tenido —pensé, tras ver los retratos familiares en